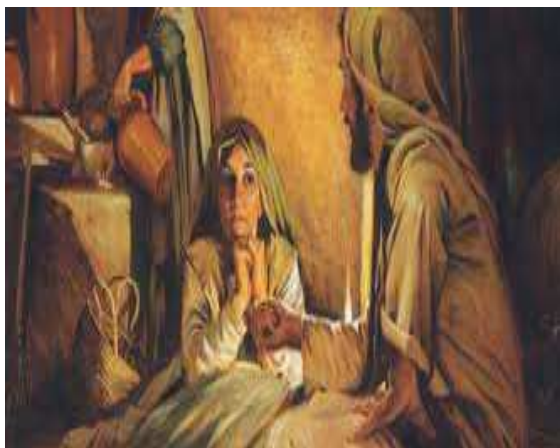


ECOS DE LA PALABRA

Evangelizar en tres tiempos

Reflexiones sobre el evangelio de Marcos 1, 29-39 (V Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo B)



Uno de los grandes acontecimientos en la vida de la Iglesia ha sido, sin lugar a duda, la celebración del Concilio Vaticano II. Esta reunión ecuménica, impulsada por un hombre de Dios -el Papa Juan XXIII-, abrió las puertas de la Iglesia para que entrara el aire fresco de la renovación y se pusiera al día frente a los desafíos que el hombre y la sociedad del siglo XXI le planteaban. Este *tsunami* eclesial, que muchos creemos que fue causado por el viento del Espíritu, motivó una revisión a fondo de la vida de

la Iglesia que ilusionó a quienes anhelaban una Iglesia cercana, abierta, dialogante y plural y defraudó a quienes se aferraban a la seguridad de la tradición milenaria y veían que la renovación podía poner en peligro los pilares que por siglos sustentaron la Iglesia. No fueron años fáciles. Muchos creyeron que se había perdido el norte y optaron por el camino de la involución. Sin embargo, otro hombre de Dios -Pablo VI-, nos dio una de las cartas de navegación más luminosas en la que nos invitaba a volver a lo esencial: el anuncio del Evangelio.

En el texto de la curación de la suegra de Pedro podemos encontrar tres tiempos del itinerario del anuncio del Evangelio:

Primer tiempo: la predicación. Al leer detenidamente los evangelios encontramos que Jesús dedica gran parte de su tiempo a compartir con la comunidad una buena noticia que, a quienes la reciben, les puede transformar la vida. ¿De qué habla Jesús con la gente en los pueblos que recorre, en las sinagogas que visita o a nosotros hoy?

Nos habla de un Dios Abbá-Padre que nos ama de manera incondicional. Un Dios con quien nos relacionamos desde la confianza y el amor y no desde el temor. Un Dios, que aunque nosotros en ocasiones le demos la espalda, es siempre fiel porque su misericordia es más grande que el juicio.

Nos habla del Reino que ha llegado para hacer realidad el proyecto que Dios tiene para la humanidad y para la creación entera. La buena noticia del Reino reconforta y anima nuestros pasos vacilantes pues tenemos la certeza que Dios sigue optando por la humanidad y, rompiendo las cadenas que nos atan, nos lanza a la aventura de la libertad.

Segundo tiempo: las acciones solidarias. El mensaje de Jesús no es una teoría o una simple ideología, es -ante todo-, una llamada a tener un estilo de vida que haga visibles y creíbles los valores del Reino. Para comprender este salto de la teoría a la práctica Jesús nos propone el lenguaje de los milagros, en ellos nos invita a traducir nuestra fe y los valores del Reino que nos inspiran en acciones concretas en favor de los demás. ¿Qué acontece en los milagros?

La liberación y la salvación que anuncia Jesús afectan toda la realidad humana. Para Jesús es importante que las personas conozcan y se vayan adhiriendo libremente a su mensaje. Sin embargo, su preocupación no se queda únicamente en ese plano, a él le duele el dolor de sus hermanos y se implica solidariamente para generar las condiciones de vida que le permitan a la persona rehacer la dignidad que la enfermedad, la pobreza o la marginación le habían arrebatado. El ver a un Dios que se agacha para recoger la miseria y el dolor humano fortalece la fe de los testigos, hace más creíble el anuncio y nos demuestra, una vez más, que el Reino se ha de traducir en acciones concretas de transformación humana y social.

Si nos quedamos en el discurso y no pasamos a la acción y al compromiso corremos el riesgo de ser irrelevantes para la sociedad. Al contrario, cuando la Iglesia anuncia el Evangelio desde el compromiso con los últimos y se agacha para servir se hace creíble y convincente y su mensaje se vuelve sal y luz para el mundo.

Tercer tiempo: la oración. A la base de la predicación y de las acciones comprometidas por la transformación que Jesús hace está la fuerza que proviene de la intimidad con el Padre que hace que todo su ser y hacer se corresponda con la voluntad del Padre. Al igual que Jesús, el evangelizador de hoy ha de ser una persona de oración para que, tanto su predicación como sus acciones en favor de los últimos, más allá de la solidaridad humana y de la consistencia de su discurso, sean un signo fehaciente del Dios que le ha seducido y que intenta transparentar.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona